

dejado el paseo y ya estaban en la playa, en la parte donde descansan las barcas entremezcladas con redes en reparación y trozos de corcho podrido; donde el olor a sal y pescado se hace más fuerte y le hace pensar a uno en cuántas veces habrá recibido la playa a las barcas; descargar las redes llenas de pescado y al día siguiente volver a la misma tarea.

Se tendieron entre las redes, cerca de donde el agua besa la arena seca, detrás de una barca, mirando hacia el mar, hacia esa línea de horizonte que ya empezaba a hacerse más clara anunciando el día.

Se quitó la camisa y la puso debajo de su cabeza,

sin importarle que se pudiera llenar de arena o impregnarse del olor acre de las redes. Le abrió la camisa y comprobó que no llevaba sujetador y tenía la piel erizada por el relente; tenía los pezones pequeños y duros, los pechos firmes, la piel tersa y sedosa, sin grasa debajo, con el grosor justo para hacer que las costillas no resaltasen bajo las yemas de sus dedos; el pelo fino y sedoso, la espalda suave y la nuca sensible, respondiendo a cada caricia; un poco de vello junto a la oreja y una boca fresca y jugosa, que no se cansaba de dar y recibir, que besaba, ya con pasión, ya con cuidado extremo; los muslos resbaladizos, las nalgas frías y duras; el vello del pu-

bis rizado y poco abundante.

Ella le acariciaba también todo el cuerpo, poco a poco, más enérgicamente cada vez, enervándole, poniéndole cada vez más caliente. Le dio la vuelta y se puso encima, amazona en potro joven, empezó a cabalgar al paso, al trote y al galope desenfrenado hasta que consiguió que se desbocase y casi la hiciera caer en tierra en el momento final.

Extenuados entraron en relax, encendieron un cigarro y lo fumaron en silencio. La línea del horizonte era más ancha y clara, prelujiendo la aurora; el lucero de la mañana daba paso al cercano día. Se levantaron con pereza, se vistieron y

empezaron a caminar en sentido contrario, hacia el paseo y el fin de su sueño; al llegar frente a un hotel ella le abrazó fuerte, entornó los ojos queriendo esconder una lágrima incipiente, y su espalda se fue alejando por el zaguán sin darle tiempo a poder reaccionar.

Como un autómatas empezó a caminar hacia la carretera y se encaminó al pueblo, sin reparar en algunos coches que hicieron amago de parar. No sentía la fatiga ni el calor que iba aumentando según iba subiendo el sol. Sólo un saber agrídulce a besos y amor, a labios húmedos y a lengua ardiente.

(continuará)



TRETS

Continuem aquesta secció on bimestralment apareixen personatges, gent del poble, que la nostra càmera fotogràfica recerca pels carrers.

MIGUEL CASTELLET ORTI